

QUIERO VER

JOKIN MUÑOZ



erein

NARRATIVA

QUIERO VER

erein

NARRATIVA · 52

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Septiembre de 2024

Diseño de cubierta e interior:
Erein

Maquetación:
Erein

Ilustración de cubierta:
Iván Landa

© Jokin Muñoz

© EREIN. Donostia 2024

ISBN: 978-84-9109-938-3

D.L.: D 516-2024

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Ulzama

Calle Altzutzate, 51

31620 Huarte, Nafarroa

T 948 332 808

www.ulzama.com



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Jokin Muñoz

QUIERO VER

erein

NARRATIVA

A Chari Trigo, que lo veía todo.

PARÍS

Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Hch 26, 14

Estaba firmemente decidido a abordarlo después de la conferencia, cuando se encaminara hacia su despacho. Era la segunda ocasión que acudía a escucharlo. La primera vez se limitó a estrecharle la mano y felicitarlo por la ponencia —*Lenguas preindoeuropeas*—, pero aquel profesor espigado, flaco y de aspecto severo apenas le prestó atención. Él era un joven estudiante más, al que ni siquiera conocía de vista. Sin embargo, lo que había oído aquel día lo había dejado en tal estado de emoción, que lo empujó acaloradamente a abrirse paso entre el resto de catedráticos que lo acompañaban por el pasillo.

—¡Señor Michelena!

Luis Michelena se giró. Todavía tenía sobre la nariz la marca de las gafas que se había quitado al terminar la ponencia. Le dirigió una mirada escrutadora.

—Enhorabuena, señor Michelena. Ha sido una ponencia muy interesante.

—Muchas gracias. ¿Es usted alumno mío? No le he visto nunca en clase.

—No. Estudio Derecho.

Martín creyó percibir un amago de sonrisa en sus labios.

—¿Y le interesa la literatura oral vasca tanto como los fundamentos del Derecho Romano?

El resto de catedráticos se había detenido junto a ellos. Todos permanecían en silencio, quizá esperando a que el ponente se desembarazara de otro alumno entrometido.

Martín decidió presentarse.

—*Martín Gil dut izena.*

Martín percibió un leve gesto de sorpresa en la mirada de Michelena, que inmediatamente desvió hacia sus colegas. Todos ellos mostraban una sonrisa condescendiente.

—¿Me disculpan un momento? —les dijo, a la vez que metía su mano alargada y huesuda en el bolsillo del pantalón en busca de las llaves del despacho—. Usted, joven, acompáñeme.

Se dirigieron ambos hasta el final del pasillo. «Luis Michelena», leyó Martín en una placa colocada en la pared, a un lado de la puerta del despacho.

Ocupó un sillón tras una mesa repleta de papeles e invitó a Martín a sentarse en una de las sillas que tenía frente a él. Se apoyó contra el respaldo y cruzó las manos sobre el extremo de su corbata. Le preguntó por su procedencia:

—*Nongoa zara?*

—*Nafarra naiz. Erriberakoa.*

Michelena agudizó el gesto de extrañeza que había esbozado en el pasillo al oír su presentación.

—*Baina gurasoak euskaldunak dituzu, ezta?*

Martín no pudo evitar una carcajada.

—Espere, espere. Mi euskera es muy rudimentario. Apenas sé decir mi nombre, procedencia, edad... Y alguna que otra frase corta.

—¿Por ejemplo?

Michelena sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta y encendió un cigarrillo. Mostraba una actitud divertida.

—Lo habitual. *Egun on, gabon, gero arte, on egin...* Eso de casa. Luego algo más por mi cuenta. Siempre he tenido curiosidad.

—¿De casa, dice?

—Mi padre.

—Que es vasco, claro. ¿De dónde?

Michelena le hincaba la mirada tras el humo del cigarrillo.

—No. No es vasco. Es como yo, de la Ribera de Navarra. De Izúrquiz. La vasca era mi madre. Murió cuando yo tenía cinco años. Es precisamente ella el motivo de que lo haya abordado en el pasillo. Por cierto, le pido disculpas. He interrumpido la conversación que tenía con sus colegas.

—No se apure. Además, se lo agradezco. Me esperaba una larguísima y probablemente aburrida conversación sobre la ponencia. —Dio otra breve calada al cigarrillo—. Hablaba de su madre.

Ahora fue Martín el que se recostó contra el respaldo de la silla.

—Ha sido a causa de ese poema o canción que nos ha mostrado al hablar de... ¿Cómo las ha llamado?

—¿Coplas? ¿Romances?

—No. Las del deshoje del maíz.

—¡Ah, *arrosnabarrak!* —exclamó el catedrático sonriendo—. Normal que no se acordara.

Comenzó entonces a hablar sobre su antigüedad y estructura formal, animado quizá por la curiosidad inicial de Martín, que ahora sin embargo parecía no escucharle: se tocaba la punta de los dedos y miraba hacia el techo.

—Veo que le aburro...

—¡Ah, no! Disculpe. Estaba intentando recordar la melodía.

Empezó a cantar entre susurros:

*Bentara noa, bentatik nator,
bentan da nere gogoa.
Hango arrosa krabeliñetan
hartu dut amorioa.*

Michelena permaneció callado hasta que el joven terminó de cantar. Luego aplastó la colilla del cigarrillo contra el cenicero y se levantó lentamente de su sillón.

—Eso es de su madre, ¿verdad? —Miraba al joven con evidente curiosidad—. ¿Le apetece una cerveza? La ponencia ha sido larga y sólo me han dado agua para beber. Acompáñeme. Ya estamos casi en verano y Salamanca a esta hora de la tarde muestra su mejor cara.

Atravesaron varios patios hasta llegar a la plaza de San Isidro. Allí se sentaron en una terraza al calor del último sol de la tarde, desde donde veían pasar constantemente cuadrillas de jóvenes que esperaban el abrigo de la noche para la juerga. Enseguida se aproximó un camarero. Saludó a Michelena y cruzó con

él unas palabras de cortesía. A pocos metros de ellos, otro profesor departía con varios estudiantes a los que Martín había saludado al llegar. Era Tierno Galván, su profesor de Derecho Político. Michelena le dirigió una breve mirada, antes de volver al motivo que los había sacado del despacho y llevado hasta allí.

—¿No había vuelto a oír esa canción desde entonces?

—No. Es prácticamente lo único que recuerdo de mi madre. No debía de ser una mujer muy habladora. Seguramente tendría dificultad con el idioma. Solía cantarla cuando cosía, recogía la ropa del patio, preparaba la comida... Tengo un recuerdo muy difuso de ella.

—¿De dónde era?

—No lo sé.

—¡No me diga! ¿No lo sabe?

—Mi padre jamás me lo ha dicho. Tendría sus motivos. Sé que ejerció de maestro en un pueblo de las Vascongadas, pero no sé exactamente dónde.

Michelena sonrió. Martín intuyó que era el término *Vascongadas* el causante de esa sonrisa. Recordó que en la conferencia habló siempre del *País Vasco*. Decidió avanzar en la conversación.

—¿Sabe de qué dialecto se trata?

—¡Cuidado, que ahí toca hueso! ¡Estoy de dialectos hasta el gorro!

Rompió a reír. El camarero puso las cervezas sobre la mesa. Después de pagar y de hacerle un gesto para que se quedara las vueltas, Michelena dio un largo trago. Se pasó la manga de la chaqueta por los labios antes de continuar.

—Frontera norte de Navarra con Guipúzcoa. Por cierto, ¿sabe lo que quiere decir?

—Yo siempre he pensado que era una nana. Pero usted en la conferencia ha dicho que es una canción de amor.

—De flirteo amoroso. En ocasiones las *arrosnabarrak* subían de tono...

Martín dio el primer trago a su cerveza. A pocos metros se oía a Tierno Galván debatir con sus alumnos.

—Hábleme de su padre.

—Lleva postrado en cama desde hace un mes. Siempre ha tenido una salud quebradiza.

—Lo siento.

Martín agarraba el vaso de cerveza pensativo. Michelena encendió su segundo cigarrillo.

—Ha dicho que ejerció de maestro en el País Vasco. ¿Fue durante la República?

—No. Después de la guerra.

Martín entendió el gesto de extrañeza de Michelena.

—Efectivamente —continuó—. Lo que acaba de pensar: maestro nacional. Del régimen. Extraño, ¿verdad? Creo que sólo ejerció un año. Aquella fue una etapa de la que nunca ha querido hablar. Regresó de allá con mi madre. Desde entonces ha trabajado en una imprenta de Izúrquiz propiedad de su único amigo. Se trajo de la guerra trozos de metralla en un pulmón y muchos desengaños.

Martín se dio cuenta de que se metía en un terreno quizá delicado. No conocía a Michelena lo suficiente. Miró a la gente de la terraza. Tierno Galván aleccionaba a sus alumnos unos metros más allá. Martín pudo oír las palabras «democracia», «organizarse»...

—La guerra... ¡Si yo le contara! —exclamó Michelena.

Luego señaló la mesa donde Tierno Galván ahora callaba y escuchaba a uno de los jóvenes.

—Le llaman «el viejo profesor». ¡Y es más joven que yo! No creo que dure mucho aquí.

A continuación, hablaron de los estudios de Martín. El Derecho era una disciplina que tampoco le era ajena a Michelena, más de forma práctica que teórica. Pero donde se sentía cómodo era sobre todo en el terreno de la Lingüística y la Filosofía. Reconoció también un especial interés por la Literatura. Quiso saber si ese interés era compartido.

—Mi padre sobre todo me ha transmitido la pasión por las plantas y flores. Además de un peculiar sentimiento religioso.

—¿Peculiar?

Martín prefirió no contestar. La siguiente pregunta de Michelena no lo cogió desprevenido.

—¿Y qué me dice de la política?

—Ahí mi padre sólo me ha transmitido escepticismo.

—Antes me ha hablado de desengaños. Lo entiendo. ¡Si yo le contara!

Michelena dio un último trago a su cerveza y apoyó los codos sobre la mesa.

—A veces hay que mantener el compromiso político a cierta distancia. No se puede subordinar todo a lo político.

—Tampoco hay que desgajarlo de todo lo demás. Y menos ahora. ¿No le parece?

Michelena ya se estaba levantando de su silla. Sonreía con cierta ironía.

—Intuyo que su padre evolucionó del nacionalcatolicismo al cristianismo progresista —señaló con la mirada a los

estudiantes que rodeaban a Tierno Galván—. ¿Se va a unir al grupo?

Martín asintió. Se estrecharon la mano al despedirse. Michelena ya se había alejado unos metros cuando se giró súbitamente.

—No me ha dicho cuál es su segundo apellido.

—Olazábal. Martín Gil Olazábal.

El profesor Tierno Galván era de los que alargaban las tertulias vespertinas hasta la llegada de la noche, que en primavera se hacía esperar. A partir de entonces, ni el tiempo ni el territorio a recorrer podían ser compartidos. En ocasiones, los jóvenes continuaban debatiendo sobre los temas que habían tratado con el viejo profesor, pero enseguida pasaban de las cervezas a los aguardientes, y las conversaciones entonces se iban frivolisando hasta casi la llegada de las primeras luces.

Martín los dejó después de comer los bocadillos y las habituales patatas bravas en el bar de la Mari, detrás de la Plaza Mayor, donde siempre tenían parada obligada. Cuando llegó al Colegio Mayor donde se alojaba, vio que tenía un telegrama urgente de Izúrquiz. Tragó saliva antes de abrirlo. Era la noticia que llevaba esperando desde la última vez que estuvo con su padre.

Durante la primera hora de viaje luchó para que no lo venciera el sueño. Veía pasar tras la ventana del vagón los inabarcables campos de cereal que el tren dividía en su lento recorrido,

mientras se aferraba a los momentos compartidos con su padre que la memoria constantemente le ofrecía. «*Ondoloin, Mattin*», solía decirle al acostarse con su voz entrecortada. Luego añadía: «Que duermas bien, *Mattin*».

Sin embargo, cuando estaban acompañados, siempre era Martín.

«Mira, *Mattin*», volvió a oír, nada más cerrar los ojos. No los abrió. Estaban ambos sentados en un talud, asomados a la Bardena. Con ocasión de su décimo cumpleaños, su padre le había regalado unas tijeras grandes y una pequeña pala para que empezara a hacer su propio herbario. Habían ido desde Izúrquiz a coger las primeras muestras. Llevaban también unos guantes y una bolsa llena de periódicos viejos. Tuvo que esperar a su padre varias veces, ya que apenas andaba unos metros se detenía a respirar. Siempre le había faltado el aire. Ahora estaban agachados contemplando una planta, a poca distancia de la Virgen del Yugo, donde poco antes se habían detenido a rezar. La planta que observaban tenía unos tallos verdes en punta, lisos y arbolados, entre los que asomaban unos pequeños frutos rosáceos.

Su padre tosió antes de hablar.

—Se llama efedra.

Añadió también su nombre latino, que ya no recordaba. Sin embargo, no se le había olvidado lo que le dijo al recoger parte de la planta y colocarla en la bolsa entre las hojas de periódico. Se acababan de recostar contra el talud y ante sus ojos los límites de la Bardena se diluían en el horizonte.

—Esta planta es medicinal, ¿lo sabías? Tiene un gran poder sanador, pero su uso excesivo puede provocar graves problemas de salud. Incluso la muerte.

Martín observaba las puntas verdes de los tallos que asomaban entre los periódicos.

—Lo que parece que va a ayudar, a la postre mata si se aplica con excesiva vehemencia y pasión.

Su padre en aquel momento paseaba la miraba de un punto a otro de la Bardena. Volvió a toser. El Rayón destacaba en la lejanía.

—Tú y yo acabamos de rezar en la ermita del Yugo un avemaría. ¿Crees que todo aquel que reza el avemaría es buena persona? ¿Crees que cuantas más avemarías rezas o haces rezar más ayudas a que impere la bondad y la justicia?

Martín recuerda que asintió con la cabeza, pero los ojos húmedos y enrojecidos de su padre lo empujaron a dudar. Luego susurró aquellas palabras que nunca olvidaría:

—Algún día te darás cuenta de que sólo hay dos clases de personas, Mattin: buena gente e hijos de puta.

Acudieron pocos vecinos al funeral que se celebró en la iglesia de Santa María, a pesar de que la familia de Pablo Gil gozaba de profunda raigambre en Izúrquiz desde varias generaciones. Muchos ausentes de la ceremonia se acordarían de su madre, Elisa, viuda del médico Eustaquio Gil, mujer muy implicada en la parroquia, donde solía leer en la misa del domingo y se dejaba ver en las novenas a la Virgen y en las procesiones de Semana Santa.

A Pablo Gil, sin embargo, los vecinos dejaron de verlo en misa desde que regresó de la guerra. Aquello provocó su aislamiento, quizá deseado, y el distanciamiento de sus vecinos,

ampliado pocos años más tarde, cuando apareció ante los ojos de todos con aquella mujer enigmática de la que todo el mundo empezó a hablar y que apenas oyeron su voz.

Se dejaban ver los domingos en la plaza de los Fueros, casi siempre a primera hora de la tarde, cuando la mayoría de los vecinos ya se había retirado. Ella pronto evidenció que estaba en estado. A los pocos meses, siempre a deshoras, empujaban un carro de niño, del que no tardó en salir, primero a cuatro patas y luego andando torpemente, un niño de pelo rizado y ojos azules, al que la madre gritaba *¡Mattin, Mattin!*, cuando se alejaba demasiado.

Pablo Gil trabajó hasta su muerte en la imprenta Trazos, propiedad de Esteban Goñi, *el Bolas*, como lo llamaban los vecinos. En realidad, el Bolas era ya su padre, y quizá su abuelo, y le hubieran llamado de ese modo incluso si no hubiera tenido ese único ojo saltón que huía de su rostro y que se movía incontrolado durante la conversación. «¡Para, para, que ese también se te ha de salir!», le decían, cuando la emoción o el enfado lo descolocaban un poco.

El otro ojo, ahora de cristal, lo perdió en la guerra.

Martín vio al Bolas al fondo de la iglesia, arrimado a la puerta principal, mientras los allegados le estrechaban a él la mano y le decían algunas palabras, casi todas relacionadas con su abuela:

«¡Cómo nos acordamos de la difunta doña Elisa!».

Una vez que se quedó solo, el Bolas se aproximó lentamente. La vejez le había estabilizado la mirada de su único ojo, quizá por esa carencia de emociones que proporciona la rutina y el paso de los años.

—No tenías que haber esperado, Esteban.

—He visitado a tu padre prácticamente todos los días. Lo de hoy era para los no habituales.

Lo agarró de los hombros. Su aliento olía a vino.

—Salgamos de aquí, Martín.

Martín se despidió fríamente de don Alfonso, el cura párroco que había celebrado la misa, un anciano muy entorpecido por la edad. Este volvió a repetirle que ahora su padre estaba junto a doña Elisa, que le daría amparo y compañía eterna, e hizo un ligero y distante saludo con la cabeza al Bolas antes de desaparecer por la sacristía.

Martín siguió al Bolas hasta una taberna próxima a la parroquia. Tres hombres jugaban a cartas en una mesa donde había una silla vacía.

—¿Ya estás de vuelta? —le espetaron—. ¡Anda, saca unos chatos, que estamos secos!

El tabernero ya tenía una fila de vasos sobre la barra. Los llenó, dejó dos y llevó el resto hasta la mesa.

El Bolas acercó el vaso a sus labios.

—No pisaba la iglesia desde hace más de veinte años. Tu padre siempre me lo echó en cara.

—A su modo, era un hombre muy religioso, Esteban.

El Bolas se acarició el mentón sin afeitarse y apuró el vaso de vino.

—Religioso a pesar de todo...

Martín se limitaba a agarrar el vaso de vino sobre la barra. No le apetecía beber.

—No sé si alguna vez te lo he dicho, pero te agradezco enormemente lo que has hecho por mi padre. El trabajo, la

compañía de todos estos años. Sufrió mucha soledad desde que murió mi madre.

El Bolas levantó la mirada de su vaso vacío. Tenía el ojo enrojecido.

—Mikela —sonrió—. Yo la llamaba Micaela. Y ella se reía. A tu padre le costó sobrellevar su ausencia. En ocasiones lo tenía que echar de la imprenta ya pasadas las ocho, para que fuera a casa a atenderte. También tenía el herbario...

—Los últimos años empleó más tiempo en repasar pliegos que en crear nuevos.

—¿Y tú? ¿Sales por ahí, como salía él, con tus tijeras y tus periódicos viejos?

Los dos sonrieron a la vez.

—No dispongo de tanto tiempo.

—Claro. Tienes tus estudios, tus amigos. Toda la vida por delante. Has hecho bien en salir de aquí. —Miró hacia el exterior de la taberna. Se veían al fondo los muros de la parroquia—. Aquí nos conocemos todos.

—Aquí hay mucho que olvidar. Me lo dijo mi padre en más de una ocasión.

—También solía decir que mucho que perdonar. «¡Hay que vivir, Bolas!», me decía, cuando le recordaba algún suceso terrible de la guerra.

El Bolas hizo un gesto al tabernero para que le sirviera otro vino.

—Siempre tan recto, tan sereno... —continuó—. Consiguió mirar más allá de las ideologías. Solía terminar las discusiones diciendo que había dos tipos de personas en esta vida.

—Buena gente e hijos de puta. Me la sé, Esteban.

Volvieron a sonreír. Martín apuró el vaso de vino con dificultad. El Bolas le ofreció otro, pero Martín tenía necesidad de volver a casa. El viaje, el funeral y la atención a los vecinos lo habían agotado. El Bolas lo acompañó hasta la puerta del bar y le dio un abrazo de despedida. Volvió a mirar hacia los muros de la parroquia.

—Buena gente e hijos de puta —repitió—. En la guerra tu padre y yo vimos lo que nadie debería haber visto.

Martín pasó de nuevo ante la iglesia. Iba a continuar por la plaza de los Fueros hasta su casa, pero se detuvo un momento. Abrió una de las puertas de entrada y miró hacia el interior. Comprobó que no había nadie y entró. Dio unos pasos hacia el altar y a medio camino se sentó en uno de los bancos centrales, junto al pasillo. Cerró los ojos. Las palabras llegaron a sus labios solas:

«*Agur Maria graziaz betea...*».

—¿Qué dices, papá?

Su padre está arrodillado junto a él en una de las capillas laterales de la iglesia. Iban al soto, a recoger para el herbario una planta de verde muy vivo que sólo brota al comienzo de la primavera. Pero en vez de dirigirse hacia el río, su padre lo ha llevado de la mano a la parroquia.

Ahora su padre susurra, mirando al altar.

«*Erregutu ezazu gu pekatari on alde orain eta gure heriotzako orduan...*».

—¿Papá?

Su padre se incorpora y se sienta junto a él. Tienen la bolsa de periódicos y una mochila con una pequeña pala y unas tijeras junto a ellos. Él ve las botas de su padre, sucias de barro seco, sobre la madera del reclinatorio.

—Rezo por tu madre, *Mattin*.

Permanecen un rato en silencio. Oyen abrirse la puerta de la sacristía. Es el diácono, que va a preparar la primera misa de la mañana.

—Es hora de irse, hijo. Coge la mochila.

Abrió los ojos de nuevo. Seguía solo en la iglesia. Se levantó y salió afuera. Oyó al Bolas y a sus amigos reír en la taberna. Todos gritaban.

Llevaba una larga temporada sin regresar a casa. Era su segundo año de carrera, y su padre siempre le insistía en que no lo necesitaba, que se quedara en Salamanca, que ya estaba Rosa, la mujer que le ayudaba en casa, que no le dolía nada, que estaba bien... Él, sin embargo, hacía ese largo viaje cada dos meses. Sobre todo, desde que su padre empezó a pasar más horas en la cama que en su despacho, entre carpetas.

Fue hasta su habitación. No miraba su herbario desde que lo sustituyó por los apuntes de Derecho. Estaba recogido en varias cajas de cartón a lo largo de una estantería. La última caja era de 1962. Calculó la fecha de su recuerdo: 1954. La cogió, se sentó en el borde de la cama y la abrió. Sabía que aquella planta estaba más o menos en el medio, cosida como todas las demás a la página de cartón.

«*Ephedra fragilis*, Bardenas Reales. 25 de mayo».

Se detuvo un momento a mirarla. Sonrió.

«...buena gente e hijos de puta».

Luego siguió abriendo pliegos. Intentó recordar cada lugar que visitó aquel año con su padre:

«*Helicrisum italicum*, Ermita de San Gregorio, 16 de junio».

«*Sosa-Suaeda spicata*, Balsa de Pulguer. 5 de agosto».

«*Helianthemum syriacum*, Ablitas, 20 de agosto».

Volvió a dejar la caja junto a las demás y se recostó sobre la almohada. Lo invadió la sensación de que, a pesar de todo el tiempo que había pasado con él, apenas conoció a su padre. Su pasado aparecía y desaparecía en esos momentos que compartían en aquellas salidas, que ahora él consideraba huidas, en busca de plantas. O quizá simplemente en busca de la soledad y cercanía suficiente para la confianza.

«...buena gente e hijos de puta».

Muchos compañeros de universidad, también compañeros de disidencia, se avergonzaban de sus padres. Estaban tan hartos de sus discursos sobre la Cruzada y España —con acento en la pe, solían bromear—, que se pasaban desde septiembre hasta junio sin regresar a casa por no oírlos. Su padre, sin embargo, callaba. Paradójicamente, era un derrotado del bando nacional. Toda su cronología vital se recogía en simples nombres de plantas, lugares y fechas. No había más.

O quizá sí.

Se incorporó y se dirigió al despacho de su padre. Era como lo llamaba él, a pesar de no ser más que un pequeño retiro del que disponía en casa para leer y enredar en sus herbarios. Sobre la mesa unas cuantas cuartillas, un lápiz de carboncillo, una pluma y la lupa que siempre utilizaba para observar con más detenimiento algunos detalles de las plantas.

—Esta es carnívora, Mattin.

—¿Carnívora?

El padre sonríe. Le pasa la mano por el cabello.

—No come conejos. Ni te va a comer a ti, si te sientas junto a ella. Cazan insectos que atraen con su néctar y asimilan sus nutrientes.

Ahora el que sonrío es él, mientras su padre observa la planta tras la lupa.

—O sea, otra hija de puta —se aventura.

La lupa es ahora un gran ojo que lo mira con complicidad.

Las cajas estaban organizadas por años. De izquierda a derecha, empezaban en 1930, y de ahí iban hasta la última, varias estanterías más abajo y en el extremo derecho, que marcaba en su vértice 1962.

Cogió la primera. «Herbario. Pablo Gil», había escrito encima de la fecha una mano que a él se le antojó adolescente. La abrió. Martín percibió torpeza en su elaboración: los hilos apenas sujetaban las plantas contra los pliegos y algunos de estos estaban emborronados.

Hizo un recorrido por los pliegos y sus nombres.

Amapola-Papaver rhoeas

Amapola Violeta-Roemeria hybrida...

Metió los pliegos en la caja y la devolvió a la estantería. Repasó las fechas de las siguientes cajas: 1931, 1932, 1933... Cogió la caja de 1934. En su interior apenas aparecían media docena de pliegos. Todavía eran menos en la de 1935. Recordó que su padre estudió Magisterio en Zaragoza, aunque evitó comentar nada sobre ello durante sus muchos años de trabajo en la imprenta. Tampoco se puso como ejemplo a la hora de subrayar a su hijo la importancia de los estudios universitarios. Parecía que simplemente deseaba que se fuera y le parecía que Salamanca estaba lo suficientemente lejos.

Las cajas daban un salto de 1935 a 1938. Recordó las palabras del Bolas al despedirse:

«En la guerra tu padre y yo vimos lo que nadie debería haber visto».

Las cajas de 1938 y 1939 apenas pesaban. En la primera encontró sobre todo hojas otoñales de sauce y álamo, recogidas en la chopera más cercana al puente. La de 1939, quizá menos enjuta que la anterior, guardaba pliegos primaverales. Le llamó la atención el morado todavía brillante de una moricandia.

Las dos carpetas siguientes, de 1940 y 1941, eran más generosas y mostraban el alejamiento progresivo de su padre conforme avanzaba su recuperación. Vio algunas muestras del Soto de Traspunte, sobre todo primaverales, al que seguramente accedería sin salir de la chopera, a refugio del sol.

Extrajo la caja de 1942 de la estantería. Los primeros pliegos recogían hojas otoñales de diferentes tamaños y tonalidades de haya y roble. También había plantas y flores que por su forma y color le resultaron novedosas. Siguió pasando pliegos, hasta que su mirada se detuvo en una extraña hoja fina y blanquecina. Parecía de seda. Junto a la fecha y lugar de extracción, «1942. Noviembre», leyó: «Churiquiña».

Vio que más abajo sobresalían por los bordes de los pliegos unas flores pequeñas y puntiagudas de color amarillo dorado. Accedió a la muestra. Bajo la fecha y el lugar de extracción, «Ceruondo», aparecía tachado el nombre latino de la planta, «Tussilago fáfara», y junto a él otro nombre escrito con caligrafía de niño: «Eztulbelarra».